

Creencia y Psicoanálisis

Ana Lanfranconi

Los autores literarios cuentan con nuestra credulidad cuando logran producir un efecto siniestro en su relato. Nos hacen creer, dice Freud, que estamos en un mundo, y súbitamente nos ubican en otro, es así que una frontera se extravía. Un breve cuento de Borges, un sueño del libro *Siete noches*, citado por Piglia, dice así:

“Me encontraba con un amigo, un amigo que ignoro: lo veía y estaba muy cambiado. Muy cambiado y muy triste. Su rostro estaba cruzado por la pesadumbre, por la enfermedad, quizás por la culpa. Tenía la mano derecha dentro del saco.

No podía verle la mano que ocultaba el lado del corazón. Entonces lo abracé, sentí que necesitaba que lo ayudara.

“Pero mi pobre amigo, le dije, ¿Qué te ha pasado? Qué cambiado estás!

Me respondió: “Sí, estoy muy cambiado”,

Lentamente fue sacando la mano. Pude ver que era la garra de un pájaro”.

La transformación de seres humanos en animales es un elemento común en los cuentos tradicionales, los que no producen ningún efecto siniestro, ya que el autor se ha situado en el mundo de la fantasía, donde no nos sorprende encontrar prácticas mágicas. La situación es distinta cuando el autor se ubica en apariencia en el terreno de la realidad cotidiana, de alguna manera nos engaña y reaccionamos ante sus ficciones como lo hubiéramos hecho ante vivencias propias. Ese recurso ha impactado en el corazón de la estructura de la creencia, la que, de acuerdo a los desarrollos freudianos, está lejos de proponer una confrontación sin más con lo unheimlich, con esa garra de pájaro que tanto puede ser referida a la pérdida de la mano por una sexualidad culpable, como a una circunstancia en que la existencia misma del sujeto como sujeto que habla está amenazada, evocándonos el clima kafkiano de la metamorfosis.

En su artículo de 1919 Freud distingue y articula las fuentes de lo siniestro que parten de complejos infantiles reprimidos y aquellas que resultan de las creencias infantiles supuestamente superadas. Mientras en un caso la conmoción afecta a la relación entre lo reprimido y su retorno, en el caso de la creencia no es legítimo hablar de represión. La

creencia no es inconsciente y requiere el soporte de otro. Esto es claro especialmente cuando se produce una forma de negación de la creencia. Octave Mannoni, en su conocido artículo titulado “ Ya lo sé... pero aún así”, decía que en todas las sociedades las creencias descansan ante todo en la credulidad de los niños, y afirmaba que hay personas que dicen que son religiosas no por ellos sino por sus hijos. ¿Por qué los padres contarán las historias de Papá Noel, Reyes, y otras si no es porque los niños se hacen cargo de las creencias no asumidas por aquellos?

Ahora bien, los niños no creen en los relatos de la cigüeña que les cuentan los adultos, dice Freud en su trabajo sobre las Teorías sexuales infantiles. Sin embargo, en algo creen.

Conocemos esta historia, el niño cree en el falo, es la premisa universal del falo. Ubiquémoslo en una encrucijada, él o ella, parte de una presuposición, que resultará incuestionable, la de que todos los seres vivos tienen un genital como el suyo, del que obtiene mucho placer. Ciertas impresiones perceptivas que lo pondrían en camino de reconocer la falsedad de su premisa, encuentran un obstáculo que le produce espanto: por un lado si algunos no tienen pene es porque lo tenían y lo han perdido por castración, lo que implica que a él podría ocurrirle lo mismo, o, en el caso de la niña, que ella no lo tiene y quiere tenerlo. Por otro lado, tanto para el niño como para la niña, su lugar como falo de la madre, por la ecuación niño/falo del lado de la mujer resultaría fuertemente cuestionado. Es entonces ante esta realidad traumática, ante el acto perceptivo de la castración materna que el niño se detiene y responde de un modo, podría decirse, ingenioso; frente a lo percibido mantiene una actitud dividida: por un lado reconoce la falta de pene en la madre, y simultáneamente la desconoce (leugnen) o la desmiente (verleugnen) (Freud emplea ambos términos como equivalentes en distintos artículos). Creerá verlo a pesar de todo o que este crecerá. Resumiendo, la premisa fálica implica una creencia que parte de una desmentida de una realidad percibida, y afirma la existencia de un solo sexo. Si bien hay descubrimiento de la castración, localizada en el primer término de la fórmula de Mannoni, el “ya lo sé”, no hay reconocimiento del genital femenino. Esta escisión del yo, la coexistencia de dos actitudes opuestas que no se influyen recíprocamente, es constitutiva del sujeto. En sus desarrollos sobre la sexualidad femenina Freud articulará la desmentida con la envidia fálica, cuando la niña cree tener pene y se comporta como un varón, y con el complejo de masculinidad, donde la creencia le indica que le crecerá.

La creencia, decía, se articula con la premisa fálica (una teoría, o mejor dicho un nombre para el enigma de la falta) y es el soporte de las teorías sexuales infantiles. ¿Es el nacimiento de un hermano o es la percepción de la diferencia sexual anatómica lo que despierta la curiosidad del niño? vacila Freud en un primer momento. El aterrorizado investigador está entre el espanto de la llegada de otro, un extranjero, (y en verdad la pregunta es: ¿De dónde ha venido este hijo molesto?) y el horror al otro sexo, un sexo otro, extranjero, que amenaza su mundo. Es a partir de esta amenaza que el niño investiga, produce falsas teorías. Mientras la creencia desconoce lo insostenible de la castración materna, él espera, sabe, pero aún así...

Será del lado del padre, su función de corte, lo que precipitará al niño en el complejo de castración, como amenaza de castración en el niño, como envidia del pene en la niña. “El padre es esa diferencia introducida por un deseo de madre que no se agota en un deseo de hijo”, decía Masotta. Ese corte implicará la pérdida de su lugar fálico en la madre, a partir del cual podrá darse una historia de sujeto sexuado. Sin embargo, el corte no es absoluto, el niño libidiniza sus objetos con la libido extraída de la relación con la madre. “Si optara por su capital podría quedarse sin la vida, y si optara por la vida podría quedarse sin el capital”, advierte Masotta y también señala la paradoja inherente a la angustia, la que no es ajena a la paradoja de la creencia. La angustia está constituida por un doble temor: tanto al gesto castratorio del padre como a no poder alejarse de la madre, a no poder ser abandonado por ella. Paradoja que se expresa como sugerente antítesis en el análisis etimológico del término *unheimlich*, y se presenta como inversión en la articulación que en el fenómeno del doble nos propone Freud: Lo que en algún momento era vivido como protector es ahora siniestro, impresión que remite a épocas en que el yo no se había diferenciado del Otro primordial. La animación de creencias infantiles resulta así angustiante. El mundo mágico del narcisismo trae ahora un mensaje mortífero para el sujeto.

Teníamos planteada la creencia como inherente a la perversión polimorfa infantil, como sistema de protección contra la castración, solución paradójica y engañosa. Mannoni decía que así como la crisis relativa a la castración será el modelo de pánicos ulteriores, cuando surge el sentimiento de que el trono y el altar están en peligro, la primera creencia mágica, la de la existencia aún así del falo materno, es la que seguirá siendo el modelo de todas las

transformaciones sucesivas de las creencias, es decir, el neurótico, en virtud de una especie de desplazamiento utilizará el mecanismo de desmentida con relación a otras creencias.

La escena analítica misma tiene en la creencia su condición de posibilidad. La suposición de un saber al psicoanalista, implica la significación fálica: algo del orden de lo que “debe haber allí”. No es sin la creencia (uno de los nombres para la transferencia) que se constituye la posibilidad de un análisis. La falta, que es como decir el inconsciente, conduce sus efectos. De acuerdo a la lógica desarrollada en este trabajo, si no hay operación de corte del lado del analista (que da lugar a la falta: de saber, de ideales, de poder, de goce) su consecuencia se jugará en torno a la paradoja de lo unheimlich: de la ilusión del paraíso a lo mortífero de un paraíso sin agujero.

Ana Lanfranconi, Docente de la Escuela de Clínica psicoanalítica del Centro Oro

Trabajo presentado en la Jornada del Centro Oro: “La clínica en la cultura de la in-diferencia”, 10/12/01